Imprimir

1. Una vez finalizado el verano austral de 2024, sigue siendo incierto cuál será el destino del gobierno de coalición liderado por Lula. La evolución de las investigaciones de la Justicia sobre el golpe está acorralando al bolsonarismo, tras los testimonios de los comandantes del Ejército y la Fuerza Aérea. Pero la extrema derecha mantiene una contraofensiva tras la avalancha neofascista en la Avenida Paulista, buscando una posición de fuerza en las calles para influir en el Congreso. ¿Cuál será la dinámica de la situación? Una posibilidad es que el juicio a los generales y a Bolsonaro tenga un resultado rápido con condena y prisión. Otra es que la fuerza de choque social de la extrema derecha sea lo suficientemente grande como para alimentar el chantaje político para ganar tiempo, indefinidamente. La fórmula indeterminada de que "cualquier cosa puede pasar" no es razonable. Aunque el gobierno se encuentra en una encrucijada, es posible realizar algún cálculo de probabilidades. La reunión ministerial del 18 de marzo surgió como respuesta a la necesidad de responder a la caída de los índices de aprobación en las encuestas de opinión (1). Lula es consciente de que, si no se revierten, las condiciones de gobernabilidad se erosionarán, disminuirán y se debilitarán. Pero no es prudente reducir las oscilaciones negativas a una falta de comunicación sobre los logros del gobierno. El desafío es mayor y requiere valentía.
2. Brasil ha cambiado en los últimos diez años y sigue fracturado. El apoyo político ya no depende únicamente de las fluctuaciones positivas de la realidad económica. Hay una lucha político-ideológica con la extrema derecha que el gobierno no lleva a cabo. El apoyo de la fracción burguesa del agronegocio a la extrema derecha es sólido. Continúa el desplazamiento resentido de una mayoría de las clases medias hacia los neofascistas persiste. La alineación de la porción de la población organizada por las iglesias-empresas neopentecostales no ha disminuido. El horizonte de las elecciones municipales es ahora la batalla central. Una victoria electoral de candidatos o cómplices de Bolsonaro, en las grandes ciudades, deteriora enormemente la relación política de fuerzas. Tras el fracaso del levantamiento del 8 de enero, un nuevo intento insurreccional es impensable. La extrema derecha decidió reposicionarse para disputar las elecciones de 2024 y 2026. El calendario electoral define el terreno de la confrontación inevitable.

3. Hay tres grandes escenarios, a grandes rasgos, a los que se enfrenta Brasil pero, por

ahora, un pronóstico sigue siendo imposible. El gobierno puede llegar a 2026 con suficiente aprobación, como hizo Lula en 2006 y 2010, y lograr la reelección. El gobierno podría llegar en 2026 como llegó Dilma Rousseff en 2014, y el resultado será impredecible. Finalmente, la izquierda puede llegar a 2026 muy desgastada y muy rechazada, como fue la situación con la candidatura de Haddad en 2018, y la oposición de extrema derecha puede ser favorita. Eso sí, siempre hay que recordar el factor Forrest Gump: "las cosas pasan". Suceden cosas malas. Existe el azar, lo accidental, lo aleatorio. Y dos años es mucho tiempo. La presunción de que Lula ya sería el favorito en 2026 es una conclusión infundada. La cuestión decisiva es si la relación social de fuerzas desfavorable para la clase trabajadora desde 2016 se revertirá o no. Todavía no lo ha hecho. La decisión de no comprometerse con la movilización social porque sigue siendo muy difícil y, peor aún, la asombrosa prohibición de actos antifascistas en el 60º aniversario del golpe de 1964 indican una falta de comprensión del desafío.

4. No es raro que el análisis de las tendencias y contratendencias en la evolución de la situación económica, social y política quede "deslumbrado" por la tentación de la omnipotencia y engañado por la "inercia" mental. Porque mañana puede que no sea una continuación fluida de ayer. No es posible anticipar los cambios en la situación mundial hasta 2026, las fluctuaciones de la situación económica, las idas y vueltas en las disputas ideológicas y culturales, las transformaciones en los estados de ánimo de las clases y fracciones de clases, las estratagemas, las artimañas, los escándalos, las maniobras de los partidos y de la dirigencia, y dominar todas las variables. Pero los resultados de las elecciones en Argentina a finales de 2023 y en Portugal en 2024 deberían activar una señal de alerta amarilla. La facción liberal que intentó una candidatura de tercera vía, fracasó; pero luego se reposicionó en la segunda vuelta y aceptó entrar en el gobierno y exige, sin interrupción, un giro a la derecha para mantener su apoyo: condena a Lula por denunciar el genocidio perpetrado por el Estado de Israel, quiere preservar la exención fiscal para los 17 sectores beneficiados por el gobierno de Dilma tras la onda expansiva de la crisis global de 2007, no acepta el intento de algún control sobre Petrobrás y Vale, etc. Si el gobierno no da un giro a la izquierda, corre el riesgo de perder apoyo en la fracción burguesa que tiene un pie dentro del gobierno y el otro fuera y, simultáneamente, perder apoyo en su base social.

5. En el camino hacia 2026, el segundo semestre de 2024 estará determinado por elecciones municipales. Habrá, simultáneamente, tres elecciones muy diferentes: (a) serán elecciones en capitales, metrópolis y ciudades de regiones metropolitanas; (b) las elecciones se celebrarán en grandes ciudades con más de 50.000 votantes; (c) habrá elecciones en municipios pequeños. Tres desafíos tácticos deben estar en el cálculo de la izquierda, preservando el sentido de las proporciones: (a) en las grandes metrópolis, como São Paulo, Río de Janeiro, Belo Horizonte, Salvador, Porto Alegre, Recife, Fortaleza y Belém, el mayor desafío será sea la disputa con el bolsonarismo, la nacionalización de la lucha ineludible y la decisión de luchar con voluntad de vencer; (b) en los municipios pequeños la capilaridad e implantación social de la derecha y la extrema derecha es mucho mayor que la de toda la izquierda social y política, y la tarea central es dar una buena batalla y acumular fuerzas, buscando elegir con valentía a concejales; (c) en las grandes ciudades, ubicación intermedia, habrá algunas disputas más cercanas a las de las capitales, y otras más cercanas a los municipios pequeños.

6. Otro tema es la línea de campaña. En los sectores más combativos de la izquierda ya existe cierta frustración por los límites del gobierno de Lula. Frente al impasse “minimalista” del reformismo del gobierno Lula, una parte de la izquierda radical se inclina por defender el programa máximo. La emulación de un “hermoso programa”, grandioso, imponente, utópico: igualdad, socialismo, revolución, nacionalización de empresas estratégicas, consejos populares. O te dejas seducir por la radicalización de los métodos de lucha y las propuestas de movilización. Estos no son buenos caminos. Las elecciones deberían ser una oportunidad de educación política para millones de personas. Mantener el diálogo con las amplias masas populares requiere un programa de transición con propuestas concretas para cambiar la vida que responda a las necesidades más sentidas en las ciudades, pero que respete el nivel de conciencia. Brasil no se encuentra en una situación prerrevolucionaria. Todavía se encuentra en una situación reaccionaria. El programa no puede ser el mismo sin importar la situación.

7. El proyecto del gobierno Lula es aprovechar el contexto internacional de recuperación económica tras el impacto de la pandemia con la esperanza de que siga impulsada, una vez más por China y ahora, también, por India. Su objetivo es mantener un pacto con la facción

burguesa que lo apoyó en la segunda vuelta de 2022 contra Bolsonaro e integró el ministerio, la gobernanza en el Congreso con el centro, para garantizar el crecimiento continuo y la implementación de reformas. En el primer año de mandato, el PEC de transición permitió un crecimiento cercano al 3% y un aumento de los ingresos laborales del 12%, la ampliación del programa Bolsa-Familia que en 13 de los 27 estados beneficia a más personas que los trabajadores con un contrato formal, la recuperación del salario mínimo, la reestructuración del IBAMA y la FUNAI, el nuevo programa Pé de Meia para estudiantes de secundaria, la recuperación del Plan Nacional de Vacunación, el apoyo de los bancos públicos al *Desenrola* (refinanciación) que favorece a las familias endeudadas, la expansión del acceso al crédito con la caída de las tasas de interés, la ampliación de más de 100 unidades de los Institutos Federales, además de otras iniciativas que benefician a las masas. Apunta al crecimiento preservando al mismo tiempo el control de la inflación dentro de la meta, insistiendo en un ajuste fiscal gradual, apostando por aumentar la inversión privada extranjera y nacional a través del marco fiscal que reemplazó al Techo de Gasto. En definitiva, una apuesta por un reformismo “débil”, más débil que entre 2003/10, casi sin ninguna reforma, pero garantía de la preservación de la democracia, y del Frente Amplio contra la extrema derecha. Pero en Brasil, incluso las pequeñas reformas cambian la vida de millones de personas.

8. La estrategia repite esencialmente el proyecto que se construyó después de la victoria electoral de 2002 y que permitió victorias electorales en 2006, 2010, 2014 y, peligrosamente, 2022. Las premisas que la sustentan se basan en tres cálculos. La primera es una apuesta a que se descartaría el peligro de una nueva conspiración, como la que resultó en el golpe institucional que derrocó al gobierno de Dilma Rousseff. La segunda es la evaluación de que la derrota electoral de la extrema derecha y la inelegibilidad de Bolsonaro hacen que la hipótesis de una victoria de un heredero de Bolsonaro en 2026 sea muy improbable, si no imposible. La tercera es la predicción de que la división burguesa sobre la necesidad de preservar el régimen democrático-electoral es irreversible y que, en una segunda vuelta en 2026, la fracción capitalista que se expresa a través de Geraldo Alckmin y Simone Tebet, volverá a defender a Lula porque no está dispuesto a correr el riesgo de una segunda presidencia de extrema derecha.

9. Los tres cálculos tienen más que una “pizca de verdad”, pero ignoran seriamente los terribles riesgos que plantean. Olvidan las lecciones del golpe de 2016 contra Dilma Rousseff. Las más importantes son cinco: a) la primera es la subestimación de la corriente neofascista, el error más catastrófico de los últimos siete años, su audacia, su implantación social y cultural, su voluntad de luchar frontalmente, la confianza en el liderazgo político de Bolsonaro, por tanto, la resiliencia del apoyo social de la extrema derecha que revela que la disputa no se reduce sólo a la percepción de mejoras en las condiciones de vida, porque también tiene en su raíz una feroz lucha político-ideológica e incluso cultural por la visión de un mundo reaccionario; (b) la segunda es la fantasía de que es posible mantener, indefinidamente, la gobernabilidad “fría”, y la idealización del Frente Amplio, creyendo que los dirigentes burgueses incorporados a los ministerios mantendrán su lealtad, olvidándose del papel de Michel Temer y exagerar la confianza en la estabilidad del gobierno que se basa en los acuerdos con Centrão en el Congreso Nacional, olvidando el peligro de amenaza de chantajes inaceptables; (c) la tercera es la subestimación personal de Bolsonaro como líder de la oposición y precandidato, incluso cuando no es elegible, porque, si es necesario, pueden reemplazarlo por otro –Tarcísio, Michelle, o incluso otro “personaje”-, en la confianza de que la posibilidad de transferir votos seguirá siendo posible; (d) la cuarta es la devaluación del surgimiento de reivindicaciones populares, de negros, de mujeres, LGBT, ambientalistas y de la cultura, error que fue fatal para el peronismo en Argentina, porque la confianza en la continuidad del crecimiento económico, condición del turbocompresor de reformas progresistas, pueden verse frustrados, porque el marco fiscal limita el papel de las inversiones públicas y el escenario de la demanda internacional de materias primas puede cambiar; (e) la quinta es la posibilidad de la elección de Trump en EEUU, lo que generaría un efecto catalizador a nivel mundial, también en Brasil, y victorias de la extrema derecha en las próximas elecciones europeas, además de una intensificación de los conflictos en el sistema internacional con China.

10. Por último, cuando pensamos en el futuro, nos enfrentamos al problema del papel de los individuos en la historia. La inelegibilidad de Bolsonaro disminuye, pero no anula el papel que tendrá en Brasil hasta 2026. Sería mucho menos importante si fuera condenado y encarcelado. Los tres escenarios esbozados –Lula favorito, unas elecciones reñidas o que el

favorito sea la oposición de extrema derecha– dependen de tantos factores que no es posible calcular las probabilidades por adelantado. Un análisis marxista no puede perder el sentido de las proporciones. Los líderes representan fuerzas sociales. Pero sería una superficialidad imperdonable disminuir el protagonismo de Bolsonaro: su presencia marcó la diferencia. ¿Se habría transformado la extrema derecha en un movimiento político, social y cultural con influencia masiva, incluso sin Bolsonaro, después de 2016? Esto es contrafactual, pero la hipótesis más probable es que sí. El neofascismo es una corriente internacional. La fuerza simultánea de Donald Trump en EEUU, Marine Le Pen en Francia, Giorgia Meloni en Italia, Santiago Abascal en el Estado español y ahora André Ventura en Portugal y Javier Milei en Argentina no puede explicarse como una coincidencia. Las condiciones objetivas empujaron a una fracción de la clase dominante a abrazar una estrategia de choque frontal. Pero la forma concreta que adoptó el neofascismo dependió en gran medida del carisma de Bolsonaro. Bolsonaro es tosco, brutal, intempestivo, pero no es idiota. Un idiota no consigue ser elegido presidente en un país complejo como Brasil. Bolsonaro no tiene mucha educación ni repertorio, pero es inteligente, astuto, tramposo, un pícaro. Ningún energúmeno alcanza la posición de liderazgo que aún hoy disfruta, después de tantas acusaciones: desprecio por el riesgo para la vida de millones, apropiación personal de bienes presidenciales, conspiración militar golpista, etc. La clave para explicar su papel es el desconcertante carisma que impulsa una identificación apasionada. Bolsonaro unió la representación de los intereses de la fracción burguesa de la agroindustria que niega el calentamiento global, con el resentimiento de los militares y la policía, el resentimiento de las clases medias con la desconfianza popular manipulada por las iglesias-empresas neopentecostales, el reaccionarismo nostálgico de la Dictadura militar con machismo, racismo y homofobia. No ha necesitado la pelambre de Milei y la retórica anarco-capitalista anticastas, ni el nacional-imperialismo xenófobo de Trump, ni la furia islamófoba de Le Pen. Si fuera condenado y encarcelado, su autoridad disminuiría.

Nota:

1 La desaprobación del gobierno de Lula (PT) en la ciudad de São Paulo aumentó 9 puntos en un intervalo de poco más de seis meses, y su aprobación cayó 7 puntos. En total, el 38% de

los entrevistados dice considerar la gestión del PT como excelente o buena. Otro 28% la califica como regular y el 34% como pésima. Consulta el 18/03/2024.

Valerio Arcary, Profesor universitario, militante de Resistencia, corriente del PSOL, columnista de Esquerda Online.
Foto tomada de: France 24